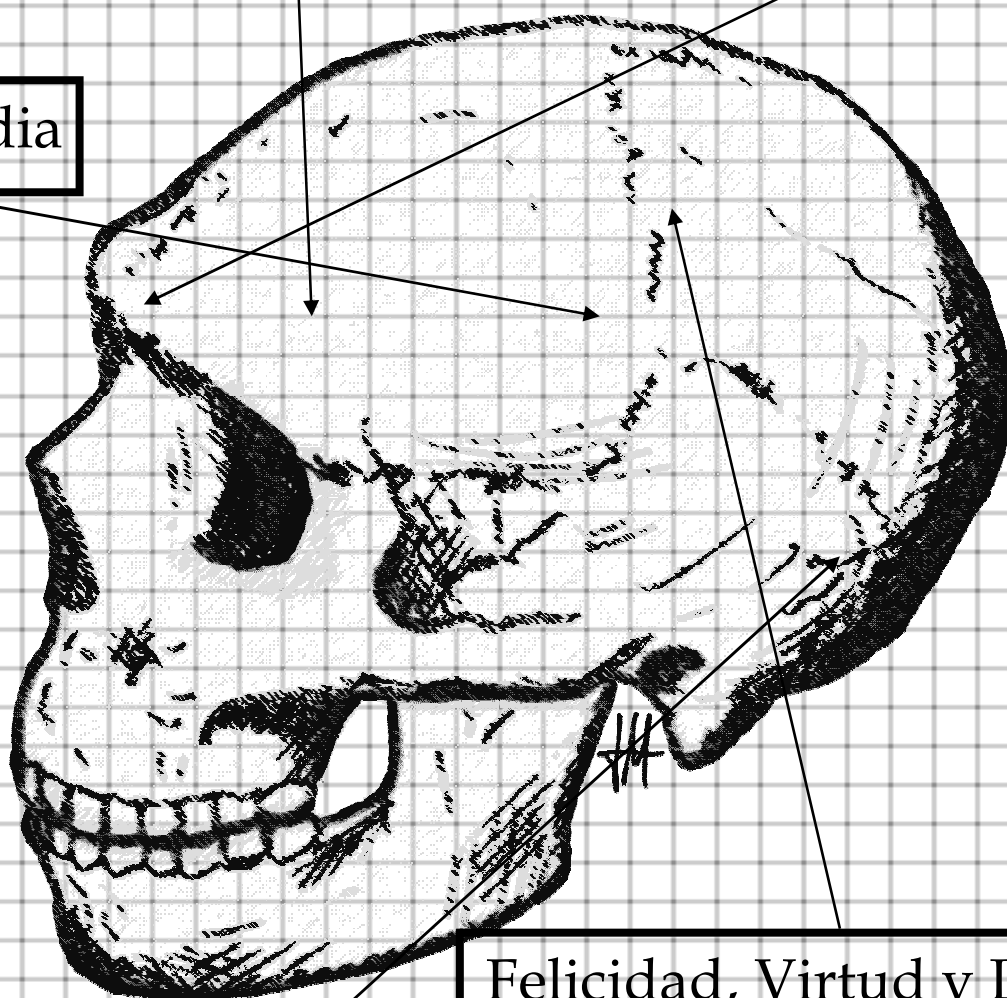


CUADERNOS DESEEDUCATIVOS

Declaración de un profesor cavernario

¿Por qué es mejor saber menos?

Loelandia



Felicidad, Virtud y Libertad

¿Perseverancia...? ¿Qué es eso?

Sumario

DECLARACIÓN DE UN PROFESOR CAVERNARIO, Borja Contreras.	3
LOELANDIA, R. M.	4
¿POR QUÉ ES MEJOR SABER MENOS?, Juan Antonio García Amado	7
¿PERSEVERANCIA...? ¿QUÉ ES ESO?, Gregorio Luri	10
FELICIDAD, VIRTUD Y LIBERTAD, Juan Pedro Viñuela Rodríguez	12

Cuadernos Deseducativos es una publicación mensual elaborada por maestros y profesores de todas las etapas educativas. Su objetivo es denunciar el pésimo sistema de enseñanza que padecemos. Para más información, puede visitar nuestra página web: www.deseducativos.com. Esta revista es gratuita y su distribución depende de la buena voluntad de lectores como usted. Si está interesado en colaborar en su distribución sólo tiene que visitar nuestra página : www.deseducativos.com y descargar los archivos que en ella encontrará. El número de ejemplares que distribuya depende de su propio coraje.



Editorial Labrys. 2010

Ilustración de portada: Estefanía Añón Carravilla. **Licencia:** Autores Deseducativos, *Creative Commons*: usted puede copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra, reconociendo sus créditos de la manera especificada por los autores, sin utilizarla para fines comerciales, sin alterarla, transformarla o generar una obra derivada. **Edita:** Editorial Labrys. **Imprime y distribuye:** el lector, con absoluta libertad. **Dirección web:** www.deseducativos.com. **Correo electrónico:** deseducativos@gmail.com.

DECLARACIÓN DE UN PROFESOR CAVERNARIO

BORJA CONTRERAS

Sí, soy profesor. También educo, pero eso es un elemento subsidiario de mi profesión. También educa la tele, pero no es función primordial y a nadie se le ocurriría llamarle “educadora” como rasgo fundamental.

Soy profesor de la enseñanza pública. Y le dedico mi tiempo y mi máxima dedicación desde hace más de veinte años. Y he acudido a un montón de cursillos de pedagogos, y me he chapado la LOGSE, que me ha tocado en suerte implantar a lo largo de mi carrera profesional.

Y he visto que todo ello ha supuesto un desastre para:

1.- Los alumnos que están encerrados cuando no quieren ni estudiar ni formarse. Y ello al parecer por la defensa que reciben de gente enormemente progresista. Nunca un centro de enseñanza debería haberse transformado en una especie de cárcel, ni nunca ningún individuo debería ser obligado por ley a perder años de su vida.

2.- Los alumnos que, estando dotados de capacidad y de ganas de aprender, se ven obligados a recibir un nivel patético, escaso incluso en lo básico (lectoescritura) y a soportar una constante pérdida de tiempo provocada por las víctimas del punto 1.

Soy un cavernario que piensa que el conocimiento es lo que mejora a las personas, lo que las convierte en ciudadanos conscientes y responsables.

Soy un troglodita que odia las leyes que bajo la coartada de un falso progresismo limitan los derechos de las personas, impiden el derecho a crecer en la responsabilidad y destrozan las posibilidades de obtener una formación óptima de aquellos que tienen en la enseñanza su única vía de promoción personal y social.

Soy un arrogante que se atreve a defender la Ilustración y sus valores.

¡Viva el troglodita, reaccionario y arrogante de Kant!

LOELANDIA

R. M.

Sobre el mundo fantástico de la LOE y la cruda realidad de los centros en Andalucía (y en otras partes del país):

-Educación obligatoria hasta los 16 / Absentismo real enorme y abandono temprano.

-Atención a la diversidad / No hay quien dé clase con grupos tan diversos y heterogéneos.

-Educación en valores / Nunca han estado peor que en la ESO actual.

-Educación individualizada / Clases de 30 o más alumnos.

-Jóvenes muy preparados / Abandono temprano sin título, tasas de fracaso elevadísimas, mano de obra barata y sin cualificación alguna.

-Refuerzos, apoyos... / Sin profesores en plantilla.

-Orientadores en los centros / O no hay o se ocupan fundamentalmente de inútiles burocracias.

-Itinerario único no segregador / Tres itinerarios: normalizado, absentistas y objetores.

-Escuelas de Paz / Miles de partes y de expulsiones, agresiones, insultos, violencia de baja intensidad.

-La escuela pública integradora / Huída de los alumnos que pueden permitírsele a la concertada y privada.

-Todos los alumnos viven felices aprendiendo / Pasan de estudiar a la fuerza un itinerario único impuesto por ley.

-Estadísticas aceptables / Plan de incentivos para mejorarlas y maquillarlas, por impresentables.

-Escuela aconfesional / Pagamos la educación religiosa en los centros.

-Por la escuela pública / Pagamos subvenciones enormes a la privada concertada.

-
- Todos por la pública / Los hijos de los políticos a la concertada y privada.
 - Nunca hemos invertido tanto / No invertimos ni el 5% del PIB.
 - Confiamos en nuestro profesorado / El que no se acoja al Plan de Calidad no cobra incentivos en Andalucía.
 - Alumnos trabajadores / Alumnos objetores que están cuatro cursos sin dar palo al agua en la ESO.
 - Nunca tuvimos tanta plantilla / Las sustituciones se cubren a los 15 días, si se cubren.
 - Los profesores no deben faltar tanto / La Consejería no cubre las bajas para ahorrar dinero, hasta pasadas dos o tres semanas.
 - El profesorado es el agente fundamental / Nadie nos consulta, ni nos escucha, ni contamos para nada ni para nadie.
 - Proyectos, programas, memorias, reuniones... a manta / Burocracias de escasa utilidad real y a las que nadie hace caso ni lee.
 - Profesores de apoyo en Primaria / Se quita el apoyo para hacer sustituciones por bajas.
 - Por una escuela democrática / Los directores son nombrados por la administración, que quiere darles poderes nunca vistos, convertirlos en auténticos jefes de empresa privada.
 - Haced proyectos infinitos / Siempre que no supongan aumento de plantilla, o mucho gasto para la Consejería.
 - El conflicto es educativo / No hay quien dé clase con normalidad con tanto conflicto educativo.
 - Aulas de Convivencia / Sin dotación de personal especializado en los centros.

¿POR QUÉ ES MEJOR SABER MENOS?

JUAN ANTONIO GARCÍA AMADO

Entre los misterios que algún día querrán desentrañar los historiadores, seguramente estará el siguiente: por qué en la universidad de este tiempo se consideró que es mejor saber menos que saber más. Pretendo aquí ofrecer, a modo de hipótesis, una explicación para tan arduo enigma.

El discurso pedagógico oficial (¿Hay otro? ¿Es redundante la expresión? ¿Por qué van de la mano el poder y la psicopedagogía?) precisará de inmediato que lo que con las nuevas teorías (pero, ¿son en verdad teorías y son nuevas?) se pretende no es que la enseñanza transmita menos conocimientos, sino que los transmita de modo mejor y más efectivo. Como respuesta a esto, debemos matizar un poco.

En efecto, la cascada de reformas de la enseñanza, en todos sus niveles, y el machacón y asfixiante discurso psicopedagógico, ponen por delante que se han de cambiar los métodos de enseñanza, reemplazando los tradicionales más que nada porque son tradicionales y porque si no sustituimos esos métodos tradicionales, a ver cómo vamos a escribir comunicaciones y ponencias sobre métodos innovadores. Esta obsesión con el método y su novedad tiene una primera consecuencia: que el *cómo* se enseña importe más que el *qué* se enseña. Puesto que los que enseñan a enseñar, por lo general, no son capaces de enseñar nada, es decir, dado que esos enseñantes de la enseñanza carecen de conocimientos sobre cualquier otra materia -matemáticas, lengua, geografía, historia...-, pierden de vista que la docencia siempre habrá de tener un objeto que la justifique y por razón del cual se mida su efecto, y caen en una especie de remolino narcisista o de onanista autosatisfacción: piensan que la calidad de la enseñanza se mide en clave autónoma, autorreferente. Si el método aplicado es bueno, a tenor de las pautas de ese pedagogismo recursivo, la enseñanza es buena, aunque el estudiante no aprenda apenas, aunque lo enseñado se quede en nada. El método se justifica por sí mismo y operando en el vacío, de resultados de que el teórico de la educación no ve más allá de su ombligo y de que para ser capaz de medir resultados tendría que tener otros conocimientos y estar en condiciones de entender otras disciplinas (matemáticas, lengua, geografía, historia...). De ahí lo que todos hemos vivido alguna vez esta temporada: aterriza en nuestra facultad un sujeto que, sin dominar absolutamente nada de nada de lo que en esa facultad se enseña, sin poseer el mínimo conocimiento de la materia en cuestión, pretende aleccionarnos sobre el mejor y más moderno modo de enseñar eso que él ni entiende ni quiere entender.

En resumen, el problema de esas supuestas ciencias de la educación es que han perdido de vista su carácter auxiliar y subordinado. No es que no tenga importancia el cómo enseñar, sino que no puede pasar el carro delante de los bueyes y no debe el método do-

cente hacer que se pierda de vista el objeto de la docencia. Un indicio más de que tal inversión ha acontecido es la pretensión de que en los nuevos grados universitarios el profesor de cualquier disciplina -Historia, Derecho, Física, Matemáticas, Geología- evalúe a los estudiantes sobre la base de cosas tales como la capacidad de expresión en público, el liderazgo, la iniciativa, la aptitud para trabajar en equipo, etc. Es decir, se quiere que se juzgue a los mismísimos estudiantes por su capacidad para asimilar y seguir métodos de trabajo, no por su rendimiento directamente referido al objeto de estudio respectivo.

Lo que acabamos de decir explica por qué -al menos en la universidad- se enseña cada vez peor, precisamente ahora que tanto pillo vive de enseñar a enseñar bien. Pero con esto todavía no hemos llegado al núcleo de la pregunta del título: por qué se enseña cada vez menos y nos parece estupendo y muy progresista así. Para poder responder a esto debemos partir de una constatación que parece difícil de poner en duda: hay un continuo y radical descenso del nivel de exigencia a los estudiantes; en términos de esfuerzo y rendimiento, los títulos están cada vez más baratos. Y ya que decimos baratos, señalemos de pasada una paradoja bien curiosa: a medida que económicamente se encarecen los títulos y allí donde más se encarecen en euros, es cuando y donde más se abaratan en exigencia.

Una expresión resume todos los equívocos y sintetiza todas las oscuras maniobras ideológicas y gremiales: *fracaso escolar*. Ya ha llegado a la universidad la infausta noción. El nivel de la educación de un país se mide por los índices de fracaso escolar, pero semejantes índices no se establecen mediante comprobación de si un estudiante aprendió o no lo que se supone que debe saber para que el título que recibe tenga sentido, sino que dichos índices dependen nada más que del dato formal de cuántos de los que empiezan acaban.

Pongamos un *ejemplo* que parece una pura reducción al absurdo o una simple hipótesis de trabajo, pero que no está tan lejos de la realidad de hoy y, más aún, de la de mañana. En la Facultad F se imparte la titulación T. En F los profesores, todos, se ponen de acuerdo para aprobar a absolutamente todos los estudiantes que se matriculen en tal titulación, de modo que el cien por cien de los inscritos obtienen e título de T. Naturalmente, esos profesores, bien aleccionados por los especialistas en engaños, disimulan y gastan su tiempo de docencia en todo tipo de juegos y se adornan con mil alardes tecnológicos. Pero, a la hora de la verdad y más allá de que los estudiantes hayan estado entretenidísimos y hayan discutido de lo divino y lo humano, visto películas variopintas y proyecciones de variadísimos dibujos, esquemas y tablas, el profesorado no hace ni la más mínima comprobación de si algún conocimiento pertinente ha quedado a sus alumnos, aunque sea de modo inadvertido y por las cosas del azar. En F, pues, *no habría fracaso escolar*, aun cuando los titulados no tengan ni remota idea de lo que supuestamente debieran dominar. ¿Y si resulta, por ejemplo, que el título es de Filología Inglesa y que de todos los graduados ni uno habla palabra de esa lengua ni tiene mayor noticia de Shakespeare? Pues habrá mañana fracaso profesional o lo que queramos, pero el fracaso escolar habrá sido erradicado con apabullante éxito. Muerto el perro, se acabó la rabia; suprimidos los suspensos, se terminó el fracaso escolar.

¿Quién puede razonar con una lógica tan aplastante, sin duda equivalente a la de aquél que, ante la noticia de que en los accidentes ferroviarios era el vagón de cola el que tenía más víctimas, pedía que se quitara en todos los trenes ese último vagón? Pues sí, ellos, los mismos; ha acertado usted. Pero de la mano de esos politicastro que sólo piensan en el corto plazo y que tratan de legitimarse con la pura espuma de las cifras más superficiales y engañosas.

El razonamiento de esos psicopedagogos se puede descomponer en los siguientes pasos.

Primero. Cambian los papeles de los actores, de manera que cuando un estudiante suspende una asignatura no es el estudiante el que fracasa, ni siquiera en el caso de que sea un redomado incapaz y, para mayor gloria, un zángano de libro. No, la culpa es del "sistema" y de las instituciones. ¿Y si resulta que la institución de turno es una facultad que tiene los profesores más competentes y dedicados, especialistas de fama mundial que han formado a los más eximios profesionales durante las últimas décadas? No importa, si hay muchos suspensos, hay mucho fracaso, y si hay mucho estudiante que fracasa no es porque esos estudiantes fracasen, sino porque fracasan la institución y sus profesores. Así que si ese profesorado no quiere ser un fracaso, ya sabe lo que tiene que hacer. ¿Enseñar mejor? No, aprobar más.

Segundo. El psicopedagogo nos dirá que hay trampa en esta última frase, ya que enseñar mejor será lo que llevará a que más aprueben con toda justicia. ¿Y cómo hay que enseñar para enseñar mejor? Como él diga. Ya tenemos el problema, que es el fracaso escolar, y la solución, que es la renovación de los métodos docentes. Lo que los profesores deben hacer es simplemente aplicar los métodos de enseñanza que elaboran y proponen los especialistas en métodos de enseñanza de cualquier cosa. En el método está la solución.

Tercero. Pero tenemos que ver si el método funciona o no. No olvidemos que se trata de un método para evitar el fracaso escolar, pues éste se debe siempre a defectuosa praxis del docente, sea porque no presenta su materia como debe, sea porque no acierta a motivar a sus estudiantes de la mejor forma. Pero si el fracaso escolar depende de cuántos estudiantes suspenden, no de cuánto saben los que aprueban o de cuánto ignoran los suspensos, la cháchara del método, el paleta "discurso del método", termina en una conclusión arrasadora: cuantos más aprueben, menor será el fracaso escolar y, en consecuencia, mejor será la enseñanza y, de propina, más acreditado quedará, como apropiado y certero, el método docente que se haya aplicado.

Conclusión: para que los nuevos métodos demuestren su ventaja, debe haber más aprobados. Y como hemos quedado en que el fracaso escolar no se da cuando el estudiante que obtiene su título no sabe hacer la o con un canuto, sino cuando, sepa hacerla bien o mal, suspende y no culmina sus estudios, si usted quiere demostrar que los métodos docentes son buenos, sólo tiene que convencer al profesorado para que apruebe a todo quisque. El día que en aquella facultad F de nuestro ejemplo todos los inscritos se gradúen, el experto en Educación nos dirá que ahí tenemos la prueba de lo bien que han funcionado las discusiones en círculo y los trabajos en grupo. ¿Y si los titulados no saben ni palabra de

lo que deben conocer, sea Historia, Matemáticas o Ingeniería de Telecomunicaciones? Ah, de eso no estábamos hablando. Aquí nos ocupábamos nada más que de los métodos de docencia y acreditado queda que funcionan. Ya no hay vagón de cola, pues hasta hemos eliminado el ferrocarril. Ya no existirá el fracaso ferroviario. Perfecto.

Hemos arribado a la respuesta que andábamos buscando. El empeño en que las carreras duren menos, en que los programas y temarios sean más simples, en que los materiales y textos de apoyo se vuelvan elementales y simplones, en que el profesor no se exhiba en alardes de erudición y dominio de la materia, en que en las evaluaciones de los estudiantes se tomen en consideración curiosos atributos personales que poco o nada tienen que ver con lo que se habría de dominar, todo ello tiene una explicación sencilla: interesa que todo el mundo logre su título, para que los pedagogos y compañía puedan legitimarse ante esa clase política que sólo quiere cifras para la galería y que tampoco sabe ni quiere saber nada de ciencia ninguna. Se aparean esos dos sistemas hoy convertidos en perfectamente autorrecursivos, autorreferentes, el sistema político y el sistema pedagógico, y de dicha unión contra natura, nace un ratón. Qué digo un ratón, un topillo ciego que se cree Dios. Una plaga.

Querido colega, permítame que me tome la confianza de darle y de darnos un consejo final: no se convierta usted, no nos convirtamos, en alimento para topos y ratones. Pongamos más bien a las ratas en su sitio y sigamos enseñando con toda la seriedad que podamos a esos buenos estudiantes que merecen un respeto y que tienen derecho a que les inculquemos una buena formación en lugar de tomarles el pelo con jueguecitos pueriles a la medida de esos profesionales de la nadería metódica.

¿PERSEVERANCIA...?

¿QUÉ ES ESO?

GREGORIO LURI

I

Ha vuelto a publicarse el *ranking* de las mejores 500 universidades del mundo elaborado anualmente por la universidad Jiao Tong de Shangái. La primera universidad española que aparece es la Autónoma de Madrid, en el puesto 201. Estamos, sin duda, donde merecemos estar. Por gracia o por desgracia a la realidad le interesan más los resultados que las buenas intenciones.

II

España ya ha decidido, y a los hechos me remito, que en el contexto de la internacionalización de la economía, no quiere ser un agente, un miembro activo. Pero si bien nosotros podemos soñar durante un tiempo la ilusión autista de que podemos pasar del mundo, el mundo (que es muy hobbesiano y muy suyo) no pasa de nosotros ni un día y nos va colocando año tras año en nuestro lugar.

III

Casi al mismo tiempo la revista *Forbes* publica su informe *America's Best Colleges 2010*. Pedagógicamente me parece que hay muchos más elementos a meditar en él que en el de la Universidad Jiao Tong, porque recoge una de las cuestiones más candentes de la actualidad: ¿Hasta qué punto las universidades sirven hoy para conseguir trabajo a los jóvenes? Muchas de las nuevas ofertas de empleo simplemente rechazan a los licenciados universitarios. El informe señala que de las 30 ocupaciones que más incrementarán sus necesidades de mano de obra en los próximos años, solamente 8 exigen un título de bachiller o superior a los solicitantes de empleo.

IV

De los datos como estos un buen número de pedagogistas hispanos deduce que eso de estudiar ya ha pasado a la historia. Los contenidos se han quedado obsoletos y lo que hay que hacer es aprender a aprender. O eso o el Titanic. Pero el informe de *Forbes* sugiere algo muy importante: lo que piden a los que solicitan estos nuevos trabajos son dos cosas que a mi modo de ver están íntimamente relacionadas: inteligencia y perseverancia. Y aquí se encuentra, para mí, la clave de la cuestión: ¿Está dispuesta la escuela a tomarse en serio su trabajo y educar en la perseverancia? Miren ustedes: esto de la perseverancia no es nada nuevo, es una de las constantes pedagógicas de todos los buenos centros educativos de todos los tiempos, desde la Academia de Platón para aquí.

Dicho de otra manera: En vez de preocuparnos por lo que debiéramos cambiar para adaptarnos a un futuro que nadie sabe muy bien qué exigirá de nosotros (este es el dogma

básico de los pedagogistas), debiéramos preguntarnos por la vigencia de las invariantes pedagógicas. Hay algunos (ciertamente somos un grupo reducido, casi una secta, pero no nos daremos por vencidos fácilmente) que creemos en la existencia de una antigüalla llamada naturaleza humana y estamos convencidos de que, sea cual sea el mundo de mañana y de pasado mañana, seguiremos necesitando personas responsables y eficaces, inteligentes, bien informadas, con capacidad de trabajo, sin miedo a asumir responsabilidades, resistentes a la fatiga, capaces de mantener concentrada su atención en actividades complejas durante largo tiempo, dispuestos a prender de sus fracasos y, en definitiva, decididos a asumir la perseverancia, esta vieja palabra escolástica, como lo que ha sido siempre: una virtud.

V

Conclusión: También en el futuro necesitaremos antiguos.

FELICIDAD, VIRTUD Y LIBERTAD

JUAN PEDRO VIÑUELA RODRÍGUEZ

El valor es la virtud (fuerza) que nos eleva por encima de nuestras pasiones. La valentía, el coraje, nos hacen libres. La virtud está en la fuerza, la voluntad. Por eso, la educación -y eso es una de las cosas fundamentales que se han olvidados en las sucesivas leyes educativas- tiene que ir dirigida a la educación de la virtud. De ahí que la educación tenga más que ver con la educación de la voluntad, que nos hace libres, que con las motivaciones. Las motivaciones se dirigen a los deseos. Los apetitos y deseos nos hacen esclavos. Son las pasiones. Este es uno de los grandes engaños de la teoría educativa actual. Por eso encontramos tanto niño caprichoso, sujeto a sus pasiones y, pocos, con coraje y valentía, que sean capaces de lanzarse por encima de sí mismos y de sus pasiones, como la del miedo. El héroe, no es que no tenga miedo, es que es libre y acepta cumplir con su deber, porque lo considera importante.

Virtud, libertad y felicidad. Aquí están las claves. La felicidad es casi una cuestión accidental y bioquímica. Pero la virtud y la libertad tienen que ver con la acción. Son realmente el ámbito de la ética. Y no se alcanzan ninguna de las dos sin esfuerzo. Y ese esfuerzo es la tarea de nuestra vida. De ahí que la vida pueda ser una payasada o una obra de arte. La tarea de construir nuestra propia vida es la que forja nuestro ser y nos aleja del rebaño. El rebaño, decadente, no se esfuerza, sigue los impulsos de los deseos y huye, muerto de miedo, de los ladridos del perro vigilante. El miedo es lo que utiliza el poder para dirigir al rebaño. Al poder no le interesa la libertad, prefiere que estemos "felices" y contentos, así tiene las manos libres. Pero el hombre libre es el que está por encima del miedo. Por eso es de temer y el poder lo rechaza como a un inadaptado.

No son tiempos de camuflaje ni de medias verdades. Son tiempos de héroes morales. El pueblo necesita ejemplaridad y excelencia. El héroe no es feliz por necesidad, es digno. Por eso hay que seguir admitiendo y practicando la sentencia socrática de que es mejor padecer una injusticia que cometerla.